

Los escarabajos de mi casa

*Los hechos son siempre vacíos;
son recipientes que tomarán la forma
del sentimiento que los llene.*

Juan Carlos Onetti

Como de costumbre, salí a comprar el periódico cuando la campana de la iglesia, con su badajo, anunció que eran las siete de la mañana. El día se levantó con una brisita fría, y unas gotas de lluvia, finas, que el viento las toma y las hace caer deformadas sobre la calle gris. Yo camino cubierto con mi capa y, buscando tibieza, llevo las manos en los bolsillos. En días como estos me centro mucho más en la lectura. Lo peor de todo es que no tengo libros nuevos qué leer. Precisamente, anoche, terminé por tercera vez *La náusea*, y ya había releído los libros que tengo de Camus y García Márquez. El periódico no me aportaba mucho; algunas imágenes en blanco y negro, y decenas de noticias que ardían en mi sopor.

Lo importante era que me gustaba caminar el trayecto, y me acostumbré. Eso era rutina. Formaba parte de mi manera de vivir. La lectura siempre me gustó. Tenía amigos dados a obsequiarme libros. Recuerdo una dedicatoria muy original que me hicieron al regalarme las obras completas de Tolstoi, en dos tomos, con más de dos mil páginas cada uno, en letras de Biblia: “Te dedico estas obras para que te lleve el diablo leyendo”. Y el diablo no me llevó.

Como decía antes, salí a comprar el periódico. Pero era por costumbre, nada más. Muchas veces lo adquiría y lo dejaba tirado en el sofá sin leerlo. El caso era que siempre salía a la esquina donde funcionaban las oficinas de la Colecturía de Rentas Internas, y allí me encontraba con el regordete de Teté Cabezón. Qué paradoja, ese mote de Teté. En vez de Cabezón, debieron ponerle Barrigón, en armonía con la protuberante barriga y la pequeña cabeza de que hacía gala su anatomía. Quizá por eso prefería comprarle los diarios, porque él era una paradoja viviente y yo, de cualquier modo, quería estar cerca de algo que me oliera a literatura. Cuando hablaba con Teté, me vino a buscar Karen. Vino corriendo, botando el cansancio por la boca. Me dijo que el pote de vidrio donde tenía los escarabajos se había roto. Para mí fue una noticia de primera plana. No reparé en que ella vino empapada de lluvia, ni en que me iba sin pagarle el periódico a Teté. Cuando me disparaba hacia casa, éste me sujetó por un brazo. “No me has pagado”, dijo con voz interesada desde abajo de la lona que lo cubría, junto con la mercancía. Si no hubiera sido tan obeso, lo hubiera arrastrado conmigo. Pero me paró en seco. Sentí el mismo tirón que me dio el cirujano en la última pesadilla que tuve. No quiero recordar, aquel hombre de bata blanca, y con un bisturí en las manos, me perseguía por todas las habitaciones del hospital. Yo, indefenso, corría. Me oculté detrás de las puertas, en los rincones oscuros, debajo de las camas, y él aparecía en todos los sitios. Llegué a la sala de cirugía sin saberlo, parece que los cambios de posición ejecutados anteriormente estaban controlados. Saltaron a mis ojos las imágenes de seis médicos que, parados, me bloqueaban el paso. En fracción de segundos escudriñé la sala; en la mesa de operaciones estaba un hombre desnudo, acostado boca arriba como muerto. Y en la mesita de equipos de cirugía, me sorprendió ver el pote con los escarabajos.

—¡Los escarabajos! —se estremeció el pensamiento.

Ellos movían sus patitas lentamente, con parsimonia de años. No había tiempo para recordar, pero las figuras se escaparon por los intersticios donde latan los segundos.

Karen fue la dueña de la idea. Era una niña precoz que fastidiaba en mi cuarto para que le dijera malas palabras.

—Coleccionaremos los escarabajos —me dijo—. Los entraremos en un pote para verlos hacer el amor, a través del vidrio. ¿Cómo hacen el amor los escarabajos?

Siempre fue curiosa, vivaz; capaz de arrancar las palabras que daban respuestas a sus interrogantes, inteligente, sin reticencias; de cuestionamientos dirigidos, sin parábolas. Karen era así y por eso me gustó para esposa. Necesitaba una mujer activa, pletórica de inquietudes. Yo vertía sopores en los días, y en las noches era un hombre desmadejado, mohíno. En los sueños, muchos personajes de la ficción, venían en bandadas, planeaban en la soledad bruna de las sombras, y a veces se rebelaban contra mí. Pero yo la tenía a ella aquí en la cama, tibiecita. Karen se volvió insomne y me traía desde las pesadillas. ¡Qué mujer esta Karen! De no haber sido por ella, los cirujanos me hubieran abierto el pecho, como al que estaba en la mesa. Lo vi cuando entré a la sala, uno de los médicos extrajo las vísceras de la víctima, y en sus manos parecían plantas de enredaderas, de hojas verdes, oscuras, húmedas.

Las hojas me embebían y aparté la mirada. Seguí recorriendo la estancia, y mis ojos se posaron en el pote de los escarabajos. El cirujano batoludo, que me venía persiguiendo, me dio un tirón. Logré escuchar su voz seca: “Te atrapé”. Desperté, y Karen, sudada, estaba a punto de desprenderme el brazo para sacarme de la agonía. La verme abrir los ojos, lloró, y llevó su cabeza a mi pecho para unirse con mis latidos. Yo, apenado, pedí que me perdonara.

—Esa fue la peor del mes —le dije.

No dijo nada, como era su costumbre. Levantó la cabeza y le miré los ojos chamuscados de tristeza. Se acostó y, envuelta en un sórdido mutismo, esperó qué yo dijera algo. Así lo hice.

—Vi los escarabajos.

Fui imprudente, lo reconocí. A Karen, a pesar de su temperamento, el pavor le anda cerca, husmeándole los nervios.

—¿Los escarabajos?

Accionó como resorte; se sentó en la cama, ocultando el rostro entre sus manos. La oí gritar. La acaricé, y la llevé de nuevo a mi pecho.

—No es para tanto, Karen —quise minimizar.

Sentí su respiración agitada. Mis dedos se perdían en la oscuridad de su pelo sedoso. Como serpiente, el sueño me llegaba, pero Karen lo apartó con sus palabras.

—Deben estar muertos. Los escarabajos deben estar muertos.

Hasta esa noche, no había vuelto a pensar en ellos. Karen tenía razón, los escarabajos debieron morir cuando se les agotó el aire. ¿Cuánto tiempo pudieron resistir dentro de esa botella? No imaginaba. Pudieron ser dos días, una semana, o algo más; pero después de ese tiempo, debieron sucumbir.

En la mañana, Karen y yo, nos levantamos con el mismo propósito: ir a ver los escarabajos. Ya en el cuarto, donde los habíamos dejado, nuestros ojos saltaron a la botella. Los vimos moverse.

—¡Están vivos! —dijo ella.

—¡Y grandes! —dije yo.

Cuando los atrapamos, solo ocupaban la cuarta parte del recipiente, y ahora, poco faltaba para llenar los espacios vacíos. Nos acercamos, los observamos a través del vidrio. Sin duda, eran unos escarabajos de gran tamaño, para su especie. Sus alas duras desprendían humedad y, en sus cuerpos, un líquido viscoso, casi les impedía los movimientos. Yo no sé cómo sobrevivieron a los días. Era una realidad visible. Los escarabajos estaban ahí, siempre conservaron la vida. Y lo que era insólito, crecían desproporcionadamente.

Ya se lo había asegurado a Karen: “De seguir creciendo, terminarán rompiendo la botella. ¿Qué pasará si esto sucede?” Deseábamos respondernos esa pregunta y nos surgían otras más graves. ¿Traerán sufrimientos? ¿Desgracias?

Pagué el periódico a Teté.

—Disculpe, es que esos escarabajos me tienen nervioso —le dije.

—¿Escarabajos? —dijo él. Luego miró a Karen—. Señora, ¿su esposo está enfermo?

—No... es que...

—Vámonos, Karen, vámonos —le dije.

—Ya le había dicho que no leyera tanta basura, porque perdería la cabeza —casi voceó Teté.

Los escarabajos de mi casa

Me quité la capa y cubrí a Karen. La tomé de la mano y echamos a andar. Reconozco que ahora estoy más tranquilo, aunque la ansiedad persiste como agua hirviendo dentro de mí.

La llovizna seguía pertinaz. El asfalto negro, de horas muertas y ojos de agua; los contenes sucios, con basurales; y un aire frío, neblinoso, retrataban nuestros cuerpos en la amplitud de una mañana recién nacida.

Llegamos, y algo nos paró de forma abrupta ante la puerta cerrada. Karen y yo nos miramos.... ¡Cuántos presagios en una mirada breve! Decidí abrir. Algo hacía presión a la puerta desde el otro lado. La empujé, y ahí estaban ellos. Los escarabajos habían minado la casa.